

Jugando con las dimensiones

MARCEL MAGDALENO

Con la bandera nacional en alto, confitería de colores, sabores y aromas aderezando los rincones de la patria y el cielo estrellado de diamantina eléctrica por los juegos pirotécnicos, Marcela del Río y Reyes consumó su primera exposición gráfica en México su tierra natal.

El evento se realizó en Misión del Sol, centro de información espiritual y Spa, en Jiutepec Morelos frente al palacio Sumiya donde la legendaria princesa triste, Bárbara Hutton fincó su morada de descanso, aconsejada, por ser éste el nicho ecológico con el mejor clima del mundo. La obra se acomodó en el salón “Ángeles”, rodeado de huertos, jardines, nidos de colibríes pendiendo de pérgolas, donde Lamas tibetanos enseñan a meditar y vocalizar mantrams cada año para despertar el poder interno.

La escritora y catedrática develó los enigmas que yacen en el embrión de sus criaturas fantásticas. Desde 1993 ha expuesto en diferentes partes del mundo como el Soho de Nueva York, el museo de Arte Hispánico y Latinoamericano de la Florida, los Ángeles California, en Washington y Orlando Florida.

Lienzos representativos como Arco iris sobre el pueblo, Indios en pie de guerra, En busca de su rostro, Time is Money, El relevo del atlas, han hablado de la cultura mexicana. Ella también ha ilustrado en su trayectoria como dibujante y pintora, libros y revistas entre ellos Excelsior, El Universal y el suplemento cultural El Búho y la revista Universo de El Búho.

Lucía como diamante en su exposición, con vestido blanco mexicanísimo, un rebose rosa radiante acomodado en su brazo derecho, bolso y zapatos de manta color arena, un enorme anillo de rubíes, y un collar en forma de cruz. Sus ojos azules intensificados por la sombra como el horizonte acuaplumbeo de Porfirio Barba Jacob. Dos pétalos rosados bien acomodados en sus labios daban la bienvenida. Alegre,

relajada, sonriente, documentó todo el evento con una moderna cámara de video, resaltando su manejo magistral por todo lo que sea tecnología de punta. La acompañaban Hermilo y Patricia dos de los tres hijos de Hermilo Novelo el brillante violinista y su fiel compañero.

Conocemos a Marcela del Río como escritora, dramaturga, poeta, periodista y amiga, pero su relación con las imágenes, nos impulsa a construir la exégesis, ya que su pintura es de dimensiones y niveles. En su colección tiene pinturas filosóficas, feministas, ecológicas, poéticas e históricas. Vislumbramos que títulos e imágenes son absolutamente poéticos: Nada es lo que parece, “El equilibrio de la vida”, “La silueta del ser humano caminando sobre cuerda floja con el abismo bajo sus pies”. “El hombre y sus fantasmas”, “El espejo de la conciencia”. “El ser que se retrotrae al vientre para alimentarse de su intimidad”. “Las etapas de la vida”, representada por un embrión, una mujer joven y una anciana que va hacia la barca de caraonte. El juego de las dimensiones representado por un ángel que al tocar la superficie para dar su mensaje se derrite. La energía velar (no solar) ardor de la vela rodeada de mitos y ritos, la iluminación de todas las religiones del mundo en todos los tiempos. La rebeldía interior evocando todo lo que traemos dentro y lo que la sociedad nos hace callar.

En la colección de obras feministas esta la Sirena vegetal, flor que le roban la esencia y se convierte en ángel o viceversa. Otro obra llamada Detrás de una gran mujer hay un gran hombre. Una mujer cargando el mundo que significa que ya es tiempo de que la mujer tome el mundo en sus manos. La mujer invisible, construyéndose: “Porque llevamos tantos siglos sometidas que apenas nos estamos haciendo, quizás por eso pinto en la noche porque es cuando me conecto con el linaje femenino, de día soy literaria de noche pictórica”. También fueron exhibidos los temas ecológicos cruentos y trágicos; lanzando el mensaje de que “¡Ya reaccionemos, estamos acabando con la vida!”

Marcela la pintora, la inquieta Marcela. De manos trémulas, infatigablemente acechando, de mirada hincada en discursos silenciosos y un corazón en constante laboriosidad. Marcela juega en las tardes billar con su otra yo, la Yolanda a quien nunca puede vencer.

Dedicarse con amor y laboriosidad a un arte en esta época, no es fácil; consagrarle la vida a dos, pastoreando

ambos, cuerpo y alma, estando alerta a los cambios del inmediato, exaltando los hemisferios y seguir nutriéndose del oxígeno espiritual sin perder la cordura, es inmenso. No se sabe bien si Marcela del Río vigoriza su literatura en la pintura o viceversa. Pero el reflejo de su interior ya está registrado en las páginas de la historia. Se empina en el realismo mágico. Afirmo que fue acariciada por los unicornios, escribiendo un brillante libro de poesía Homenaje a Remedios Varo, cantándole así en el poema

“Papilla Estelar”
 Espiar por la breve cerradura
 Los sueños de nuestros atávicos instintos
 Encerrar a la luna en una jaula
 Moler y demoler los astros
 Y preparar dulcemente
 La papilla estelar
 Con la dudosa abnegación de un verdugo

Nuevamente me arrojé al abismo y vislumbro sus pinturas: El huevo de Colón, El nacimiento de América, Nutrición solar, En busca de su rostro. Este último tema recurrente en su literatura lo percibimos en la utopía de María, donde con la varita mágica de la pluma, recrea la cosmogonía de su madre, y ella dentro de su útero escribiendo su aliento, teniendo como tinta la sangre de “María”.

Desde temprana edad mostró amor por cualquier expansión artística: pianista y escritora como su madre, inventora y temperamental como el padre, líder y exploradora como su bisabuelo el general Reyes, filósofa y poética como su tío don Alfonso Reyes.

Su pintura abraza la poética, quizás por ello emerge una semejanza entre sus composiciones cromáticas y su poema Átomo:

“Recuerdas cuando reíste del sabio que te definió como partícula invisible ahora ya no ríes explotas”

En su mente metafísica y teatral atisbamos la presencia de las máscaras, reflejada en La antología de las mujeres, El sueño de la Malinche, o El pulpo tragedia de los hermanos Kennedy. La imagen de su amado el violinista Hermilo Novelo lo encontramos en su cuadro y obra literaria. En camino al concierto.

Sus influencias: Un encuentro casual con Diego Rivera en una tertulia muy elegante determinó su destino como pintora. Esa noche el gran Sapo la invitó a ser su asistente, contratándola en su tierna adolescencia para poder ayudarse económicamente con sus estudios y quizá para compartir un beso en la mejilla y revelar su esencia, la de príncipe de los colores.

Tal vez en aquellos silencios del laboratorio cromático fue donde la semilla germinó entre labores espirituales que tallan la voluntad y cincelan el ingenio. La pintura de Marcela es realísticamente onírica, su otra manera de comunicarse. El otro lenguaje creado de colores y formas infinitas. Realísticamente onírico porque en sus lienzos aparecen sirenas con estrellas de mar pedidas en el bosque con cabellera de raíz, tiburones y medusas coqueteando con Neptuno. Respirando creatividad; su elixir es abanico de imaginaciones mitológicas. Violines que reaparecen de las nubes. Ángeles con vientres habitados de firmamentos, besando a la madre tierra. Cabelleras que cubren la desnudez de doncellas traviesas, imágenes que interpretan la herencia del futuro con trazos del ADN y dos rostros dialogando sobre la incertidumbre de un nuevo mundo.

Mujeres ocultando el rostro en máscaras, o máscaras ocultándose en las debilidades de la mujer entre talentos no consolidados, escupiendo fuego de la vena, el sometimiento, la pasión femenina. Caminos cuadriculados que tocan el inframundo y el besar de las aguas, la dulce y la salada como la mezcla de las razas. Seres amorfos en posición fetal lactando lágrimas del ojo divino. Una epístola de amor custodiada por la sílfide. Y las letras sin leer. Un alarido desgarrado, quizá mirada de la tragedia del 68 detrás de los barrotes. Un remolino oceánico atravesando el cosmos. Y la distancia como espejo irrumpiendo en los petos de la mujer dormida.

Marcela y Hermilo volando en un Pegaso destino a Praga, en esferas que danzan entre música, astronautas y manos que se pintan a sí mismos. Así es Marcela en su pintura, su aliento invade las horas con fragmentos de oro condensados de alegoría, su atributo dibuja huellas que al ser tocadas por el viento son las íntimas salmodias que guían a los doce cielos. 🖼️